

## Leopold von Sacher-Masoch



*Leopold von Sacher-Masoch*

### Introducción

Muchos lectores conocerán el nombre del autor de los relatos aquí recopilados, aunque ignoren el de escritores más ensalzados en los manuales de literatura. Sacher-Masoch, reconozcámoslo, no es un creador de gran altura y sus cuentos son más bien folletinescos, atrayéndonos por sus peripecias más que por su hondura psicológica.

Sin embargo, su lectura nos fascina por la apasionada obsesión con que el autor insiste en cierto tema y percibimos que Sacher-Masoch lo vive muy de verdad, como encarnado en su persona. Por eso su apellido fue utilizado por el famoso neuropsiquiatra von Krafft-Ebing, en su obra *Psychopathia sexualis* (publicada inicialmente en 1886 y reeditada recientemente en esta misma colección), para dar nombre a la aludida obsesión, consistente en el deseo de someterse sexualmente a otra persona para ser humillado y maltratado.

*"Me siento justificado para llamar a esa anomalía masoquismo -escribe el doctor- porque el escritor Sacher-Masoch utilizó frecuentemente esa perversión (hasta entonces ignorada por el mundo científico) como substrato de sus obras. Del mismo modo fue acuñado el vocablo "daltonismo" a partir del apellido de Dalton, descubridor de la ceguera para ciertos colores".*

La sumisión pasional quedó así tan justamente bautizada que desde entonces ese vocablo se ha difundido desde la esfera científica al lenguaje cotidiano. Se comprende por tanto el interés suscitado por un autor y su obra, erigidos en clásico referente del masoquismo.

## Leopold von Sacher-Masoch (1836-1895)

**¿Quién fue Sacher-Masoch? ¿Cómo vivió aquel ser que para culminar el acto sexual necesitaba ser humillado y maltratado por su pareja?**

Nuestro autor nació el 29 de enero de 1836 en Lemberg, ciudad de la entonces Galitzia austriaca, siendo su padre el jefe de la policía y su madre una noble polaca. Aunque ejerció como profesor de historia en la universidad de Graz se dedicó sobre todo a la literatura. Sus amores con la esposa de un médico de Graz, que se divorció para vivir con él y de la que luego se alejó (como hizo con la mayoría de sus sucesivas relaciones) le dio tema para la obra *La mujer separada*, a la que siguieron otras novelas y numerosos relatos, especialmente la serie titulada *El legado de Caín*. Pero su obra más recordada hoy es *La Venus de las pieles* (publicada en Stuttgart en 1870) basada en su relación con Fanny Pistor, con quien llegó a suscribir un contrato en el que se reconocía su esclavo. Sirviéndola como criado en un viaje a Italia, ella le utilizó en sus amoríos con un actor italiano, por el cual Sacher-Masoch tuvo asimismo el placer de ser también azotado.

A pesar del morboso argumento la novela pasó sin escándalo y su autor se hizo famoso incluso en el mundillo literario parisiense, donde la prestigiosa *Revue de Deux Mondes* le presentó como un filósofo pesimista discípulo de Schopenhauer, para quien -escribía la *Revue*- "amar es ser yunque o martillo", sin quedar dudas sobre la apasionada preferencia del autor.

En 1873 se casó con la señorita Aurora Rümelin, cuya *Confesión de mi vida*, publicada más tarde, ofrece copiosa información sobre la vida de su esposo. No siempre parecen muy creíbles ciertas afirmaciones suyas, sobre todo teniendo en cuenta que uno de los primeros biógrafos del autor, C. F. von Schlichtegroll, considera a la autora como una aventurera, según recuerda C. Bernaldo de Quirós, eminente penalista español que tradujo y prologó por primera vez en nuestro país *La Venus de las pieles*.



*Wanda von Sacher-Masoch (Aurora Rümelin)*

Esas memorias conyugales, de las que poseo un raro ejemplar, podrán falsear a veces la verdad, pero no en cuanto a la probada adicción sexual de Sacher-Masoch, bien patente en toda su obra. Al contrario, la señora Rümelin narra más de una vez cómo su marido se complacía en organizar un juego doméstico, en el que ella y la criada hacían el papel de bandidos secuestradores de Sacher-Masoch, que era atado y maltratado por ellas hasta acabar siendo azotado con entusiasmo por la doméstica.

Al principio la esposa se resistió a tales deseos, pero el marido la fue habituando, adiestrándola además en las artes de azotar y de la esgrima, para mejor sentirse ama dominando a un esclavo. Por supuesto se acordó un contrato de sumisión como el firmado en su día con la señora Pistor (designada en las Confesiones como Madame de P.). "Yo me veía obligada -escribe Aurora Rümelin- a hacer sufrir torturas físicas y morales a aquel pobre hombre, que alzaba hacia mí sus manos suplicantes gimiendo: ¡Más, más; pégame más, no tengas piedad!; Cuanto más me haces sufrir más feliz soy!.

La pasión masoquista no se detenía en esos juegos. El marido quería que su mujer se entregara a otro hombre, para sentir el goce de los celos provocados por la infidelidad. Para ello él mismo buscó candidatos incluso con discretos anuncios ofreciéndola. Ella cuenta cómo se resistió pero acabó por tomar un amante. Sacher-Masoch debió quedar satisfecho porque él, a su vez, halló una nueva pareja y todo acabó con un divorcio en 1887. Y no faltan en las Memorias numerosas referencias al fetichismo que da nombre a la Venus de la famosa novela: las pieles. La mujer administradora de los azotes había de vestir siempre alguna prenda de piel, cuya visión, olor y tacto aumentaba el placer del flagelado.

Concluiré estos rasgos del autor con una referencia a la fotografía inserta en la Confesión citada, si bien dejo el comentario al traductor español, el profesor Bernaldo de Quirós, experto en fisiognómica, que escribe en su prólogo lo siguiente: "El retrato de Leopoldo Sacher-Masoch dice de él más y mejor, por sí solo, que muchos renglones que se le añadieran. La amplia frente, opuesta a la brevedad de la mandíbula; la grandeza de los ojos, la boca sensual, la ligera demacración del rostro, expresan con toda claridad un hombre del género espiritual en su variedad sentimentalista". Por su parte la señora Rümelin consigna más de una vez que su marido resultó siempre seductor entre las mujeres.

Esa impresión de espiritualidad (avalada por quien, como penalista y autor de un libro científico sobre el hampa madrileña sabía interpretar rostros humanos) chocará sin duda a quienes hayan sido educados para juzgar a todo masoquista como un degradado ser en pecado abominable. Muy otro es el criterio del científico, observador objetivo de la pluralidad de afectos humanos en la realidad. El propio Krafft-Ebing muestra como sigue su respeto por quien calificaba de "poeta del masoquismo": "Como persona, Sacher-Masoch no puede perder la estimación de sus cultos coetáneos por el simple hecho de padecer una anomalía en sus sentimientos sexuales... Y en todo caso es un notable ejemplo de la poderosa influencia ejercida por la vida sexual, para bien o para mal, en la formación y orientación de la mente humana.

## Sus Cuentos

Aunque hoy sea conocido casi exclusivamente por *La Venus de las pieles*, Sacher-Masoch fue un prolífico escritor, incluso dramaturgo, y sobre todo autor de relatos cortos. Aquí se han seleccionado diecinueve muy representativos de la obsesión del autor por lo que, como podría esperarse, en ellos abundan las pieles tan adoradas. Las hay de todas clases: zorro blanco, cibelina, lobo, marta, oso blanco, armiño, tigre, pantera y hasta gato de algalia y otras selváticas en el cuento titulado *Drama-Dscheuti*, cuya singularidad destacaré más adelante.

Por supuesto los personajes principales son siempre femeninos, en papeles de amas y casi de diosas. Suelen ser fuertes, bien formadas y calificadas con frecuencia como "amazonas" o "poderosas", "demoníacas". Unas son rubias de largos cabellos, otras morenas y esbeltas según un tipo húngaro muy grato al autor. En alguna sus caderas de amazona se combinan con senos virginales, Los ojos son profundos, misteriosos, dominantes; los gestos de alguna recuerdan a la pantera agresiva a punto de saltar. Visten a tono con esos rasgos, a veces a la manera rural en el Este europeo (falda corta y botas altas) pero también a la moda elegante, de salón o con aire masculino: pantalones de montar, sombreros varoniles, tricornos, casacas rojas y, muchas, la kazabaika o chaqueta adornada de piel.

Los comportamientos suelen mostrar temperamentos dominadores. Esas heroínas montan a caballo, practican el tiro y la esgrima, cazan, doman caballos y fieras, se batan en duelo, luchan cuerpo a cuerpo, apuñalan con gallardía, vengan su honor o sus desgracias en forma cruel. Si es preciso se alían con bandidos e incluso capitanean una cuadrilla. Aunque también saben vencer seduciendo, ofreciéndose con "descuido lascivo" o dominando "el arte de tenderse en un sofá".

No insisto en detalles pues el lector va a juzgar por sí mismo. Sólo quiero destacar, como anuncié, la historia de la princesa negra *Drama-Dscheuti* porque la descripción de su aldea africana es tan disparatada que no puede haberla escrito en serio un profesor universitario. Las calles de la aldea, por ejemplo, se pintan cubiertas de hollín porque allí todo es negro y hasta "los cocodrilos y las hienas parecen bañados en tinta". Los indígenas "burgueses" se distinguen por su manto rojo y su sombrilla y, en fin, las amazonas (no podían faltar) de la princesa vencen en una guerra tribal con tácticas increíbles... Solo puedo pensar que ese cuento fue en su momento parodia de ciertos novelones coetáneos y merece ser leído en clave de humor. Por lo demás se aprecian tendencias semejantes entre las heroínas, respondiendo a la obsesión sexual del autor. Así lo notó ya en su tiempo un crítico alemán, que advirtió del riesgo de repetirse y aconsejó al autor que se librara como fuese de ese tipo femenino.

Comentándolo con su mujer, según evoca ésta en su *Confesión*, Sacher-Masoch objetó que ese ideal de mujer no procedía de su experiencia sino de su cabeza, tan llena de su figura que en cuanto pretendía describir un tipo femenino siempre se le aparecía el mismo: "Es como una embriaguez; no puedo impedir presentarla en toda su demoníaca belleza". Su esposa le recordó, sin embargo, que él había tratado a mujeres así, como la *Fanny Pistor* (modelo de *La Venus de las pieles*)

pero él replicó "Las que traté intentaron acercarse a mi ideal, pero no lo lograron; fueron demasiado débiles". Para concluir esta referencia a los cuentos justo será consignar que a veces Sacher-Masoch fue literariamente más ambicioso, como su proyectada ampliación de El legado de Caín que no llegó a desarrollar y que conocemos por una carta a su hermano Carlos fechada en 1869 . Con esa obra pretendía abarcar todos los que estimaba grandes temas de la existencia humana: Amor sexual, Propiedad, Estado, Guerra, Trabajo y Muerte. Quizás su mente empezaba ya a desordenarse, pues no tardó en sufrir crisis de demencia por las cuales en 1895 fue ingresado en el asilo de alienados de Mannheim, donde terminó su vida.

## La flagelación

La obra de Sacher-Masoch destaca por la reiterada presencia de su obsesión sexual, pero no ha sido la única persona en vivirla. La flagelación es tratada ya en textos tan antiguos e ilustres como el Kamasutra. No me refiero a su empleo como castigo (aún está vigente en ciertos códigos) ni a supuestas aplicaciones terapéuticas, para hacer fértiles a mujeres estériles o, como aún se recomendaba en el siglo XVI, para tratar a los locos. Pero sí se acerca a mi tema el frecuente uso ritual de la flagelación porque lo religioso y lo erótico son dos ámbitos más afines de lo que parece. Los oficiantes de cultos chamánicos, por ejemplo, se hacen fustigar para estar en trance, salir de sí mismos y entrar en comunión con los dioses. Y el uso piadoso ha sido frecuentísimo y sigue dándose en la Iglesia cristiana, tras unos precedentes místéricos cuyas huellas pueden verse todavía en los frescos de Pompeya.

El Occidente medieval, sobre todo, vio surgir numerosas sectas de flagelantes voluntarios. En los conventos eran azotados frailes y monjas como corrección o penitencia, mencionándose cierta "disciplina corneliana", como receta especial del padre Cornelius Adriaensens, que requería desnudar a la víctima, hombre o mujer . Ahora bien, pese a la intención piadosa con que el flagelante ofrecía su padecer a Dios, hay noticias de casos en que en esa práctica se lograba a la vez cierta excitación sexual. Sin salir de la obra de Krafft-Ebing, por ejemplo, vemos documentado el caso de Maria Magdalena de Pazzi, monja carmelita en Florencia hacia 1580, muy celebrada por haberse dedicado toda su vida a tales penitencias. Habitualmente suplicaba a su superiora que le atara las manos a la espalda y la fustigara delante de las demás hermanas, Durante los azotes experimentaba alucinaciones y expresaba sentimientos eróticos con clamores como "¡Basta, basta; no aticéis más la llama que me consume! ¡Ya recibo demasiado placer y deleite!". La monja acabó concibiendo "las más sensuales y lascivas fantasías -añade Krafft-Ebing- y hubo ocasiones en que estuvo a punto de perder su castidad" .

Sobran las evidencias de que, en general, lo místico y lo erótico son cumbres afines de lo humano, según comentaré más adelante, aunque la Iglesia cristiana enjuicie la cuestión con dos medidas contrarias: si las disciplinas hieren las espaldas de una monja que se deleita ofreciéndolas a su Señor se trata de un acto piadoso y un admirable ejemplo, pero si los azotes los recibe un amante que goza con ellos por amor a su pareja, entonces es un acto sexual y, por tanto, nefando y abominable. Sutilezas de esa rama de la ciencia ficción que es la Teología.

Por supuesto que en el mundo laico la flagelación como placer -por chocante que eso suene a quienes sólo han aprendido la única receta oficial para el amor- tuvo y tiene numerosos adeptos. Reduciéndome a los mundos y tiempos más próximos podría extenderme sobre los llamados "clubs pornológicos" ingleses del siglo XVIII (como el llamado La alegre orden de Santa Bridget, de cuyas sesiones se conserva documentación) o los análogos en Francia. Desde entonces se alude a esa práctica como "el vicio inglés", pues fueron numerosos los periódicos y libros publicados entonces sobre la materia, destacando una novela en varios tomos lanzada en 1872 con el inocente título de Biblioteca explicativa del progreso social, bajo el cual aparecían textos sobre el uso del látigo en el amor y cuestiones análogas . La más famosa novela de la época, todavía leída hoy (Fanny Hill, de John Cleland, 1750), incluye desde luego escenas de flagelación, en cierto caso para estimular la impotencia de un viejo, como ya se hacía en Roma según atestigua el Satiricón de Petronio .

La fe en ese tratamiento se apoyaba en autoridades médicas como el famoso doctor holandés Meibomius, con su libro Utilidad de la flagelación, ampliamente traducido .

La persistencia de esas creencias permite pensar que, contra la condenación oficial, es posible el placer de algunos en esa práctica y no sólo por la satisfacción de ofrendarla al amado (Dios o la pareja) sino por motivos más tangibles y experimentales. Hoy se sabe que la impresión dolorosa recibida externamente en los terminales nerviosos puede tener distintas interpretaciones por el cerebro receptor. El estímulo puede además excitar la sensibilidad de un cuerpo abotagado y, según los casos, provocar la secreción de endorfinas y otras sustancias anestésicas o placenteras, que no tendré la pretensión de detallar. En todo caso, resulta innegable la importancia y difusión de la flagelación entre los aspectos eróticos del comportamiento humano.

## El Masoquismo

Ahora bien, Sacher-Masoch, como hemos visto, no se quedó en mero flagelante. Esa adicción formaba parte de toda su actitud, caracterizada por Krafft-Ebing al utilizar su apellido.

El masoquismo abarca más y cala más hondo que la flagelación e incluso puede no necesitarla, centrándose en deleitosas humillaciones. Krafft-Ebing insiste con razón en que "lo esencial del masoquismo es su sujeción a la mujer" , sin excluir la sumisión femenina al hombre, o entre personas del mismo sexo.

Por supuesto que esa relación de dominación ha de ser consensual acuerdo entre dos voluntades, incluso con control del sumiso aunque no sea aparente. La persona dominante y la sometida juegan conscientemente su respectiva función. Las formas de automasoquismo, como quienes permanentemente se subestiman a sí mismos, me parecen más bien situaciones en espera del dominante, e incluso la monja que se flagela a solas lo ofrece a su Señor y tiene así un referente ideal. En realidad la gran mayoría de las relaciones humanas tienen rasgos más o menos intensos de dominación y dependencia, aunque sólo en los casos extremos resulten masoquistas.

Se trata siempre, además, de una relación amorosa, aunque se manifieste desviada de la expresión afectiva normal. En su forma más completa (que no es la del encuentro venal con un ama anunciada en la prensa) la ternura inspira a los participantes pues se trata de una experiencia auténticamente erótica y, por tanto, enraizadas en lo más hondo de lo humano. El hecho de que los masoquistas sean minoritarios no justifica a quienes, con cerril ignorancia, cierran los ojos a la variedad de sentimientos en que se complace la inventiva creadora de la vida. Aunque no se compartan las emociones del masoquista el hecho es que el sumiso, con su actitud, se libera de inhibiciones y alcanza otro nivel de conciencia al abdicar de su voluntad en manos del dominante, además de resolver posibles sentimientos de culpabilidad. El dolor, por otra parte, provoca compensaciones orgánicas mediante sustancias ya aludidas, además de generar a veces trances o exaltaciones eufóricas.

La intolerancia dogmática declara culpables a los adictos a estas y otras parafilias por creer sin fundamento que obedecen a intenciones deliberadas y maliciosas. La verdad es que esas tendencias no suelen ser voluntarias ni conscientes y ni siquiera deseadas, dado el rechazo social que acarrearán. Hoy el análisis objetivo no busca ya culpables sino que detecta anomalías orgánicas o infancias víctimas de educación errónea, entre otras causas menores. En el caso de Sacher-Masoch, que adoraba morbosamente a su madre, hay motivos para atribuir a traumas infantiles buena parte al menos de su carácter. En *La Venus de las pieles*, tan transparentemente autobiográfica, el protagonista le confiesa a su ama: "ya de pequeño experimentaba hacia las mujeres un terror inexplicable"; precisamente por el impaciente interés que me inspiraban", eludiendo por eso el contacto físico con ellas y, en cambio, abrazando y adorando una estatua de Venus existente en su casa. Sigue luego el sumiso protagonista narrando, sus emociones infantiles cuando una tía suya, la condesa de Sobol, le castigó por algo azotándole hasta la sangre, tras lo cual le obligó a dar las gracias y a besar la mano de la mujer. Así continúa el texto: "Bajo la vara de aquella lasciva dama, que se me representaba con su kazabaika como una diosa colérica, la sensación de la mujer se despertó en mí por vez primera y desde entonces mi tía me pareció la mujer más atractiva de la Tierra.

Mi sensualidad formaba en mi imaginación una cultura artística y yo juraba no prodigar mis emociones con un ser vulgar, sino reservarlas para una mujer ideal o, quizás, para la misma diosa del amor"; Ya ve usted hasta que punto predominaba en mí el ultrasensualismo; cuando estaba enamorado de los crueles latigazos que recibí de mi tía."

Resulta oportuno recordar que un doloroso placer muy semejante lo experimentó Juan Jacobo Rousseau a los ocho años con su aya Mademoiselle Lambercier, según cuenta él mismo en sus *Confesiones*. Se trata de algo más común de lo que se cree, aunque no haya de tener siempre las mismas consecuencias. Por algo pudo afirmar Krafft-Ebing que "las manifestaciones del masoquismo son sin duda de las más interesantes en el campo de la psicopatología". Años después Freud subrayaría su importancia para la organización de la realidad psíquica.

## El erotismo

Ahora bien, si la flagelación es un componente habitual del masoquismo, éste, a su vez, forma parte de un campo vital aún más abarcante, rico y complejo: el erotismo, erizado de tantas confusiones, prejuicios y desconocimientos. No intentaré ni siquiera desbrozar aquí ese mundo tan vasto y sólo expondré unas notas indispensables a mi juicio para valorar la significación más destacada de Sacher-Masoch.

Una noción breve y completa es la siguiente: Erotismo es igual a Sexo más Civilización.

Es decir, significa enriquecer la pulsión biológica del instinto con las aportaciones creadas por la mente humana a lo largo de la historia. Por tanto el erotismo es un aspecto central de nuestra existencia porque la persona es justamente una conjunción de naturaleza y cultura. Aspecto, además, prioritario sobre otros también importantes porque atañe a la reproducción y perpetuación de la vida. Esa estrecha vinculación del erotismo con la vida justifica que Georges Bataille iniciara su conocido tratado sobre el tema con estas palabras: "Del erotismo cabe decir que es la aprobación de la vida hasta en la muerte"; Propiamente no es una definición, pero creo que esa fórmula expresa el sentido del erotismo mejor que ninguna otra".

De paso y también brevemente entenderé así la relación entre tres conceptos a veces confundidos: el sexo, arraigado en los genitales; la pornografía con su humor de Gargantúa y su risa homérica, vinculada a la carne y, finalmente, el erotismo, centrado en el cerebro, donde se asienta el género, que no siempre coincide, con el sexo.

Dado a esa condición esencial y prioritaria del erotismo importa, frente a los castradores y represores de lo humano, resaltar la virtud del erotismo, como impulsor y enriquecedor de la vida, elevándola sobre la mera biología para arrebatarnos física y emocionalmente. Por eso no es exagerado el carácter sagrado atribuido por Bataille al erotismo -después de todo ¿no es sagrada la vida?- aunque la petrificación del espíritu por el dogma oscurezca la exaltación vital de los místicos, más de una vez perseguidos por sus iglesias oficiales pero cuyas ansias de vivir a Dios (en vez de explicarlo a lo teólogo) les han llevado en todas las culturas a las más altas cumbres de la aventura humana. La consanguinidad entre la mística y el erotismo -ya aludida aquí- es innegable y todavía más perceptible aún en otras culturas, como la tántrica o el islamismo sufí. También en la nuestra, y el arte occidental la ha plasmado en creaciones tan expresivas como el éxtasis en el rostro de la Santa Teresa de Bernini en la iglesia romana de Santa Maria de la Victoria o, mejor todavía, en el delirio de San Bernardo en los brazos de Jesús, pintado por Ribalta en la Visión del Museo del Prado: nada más semejante a un orgasmo que esas facciones. Por si no bastara, ahí están los textos de los propios exaltados, llámense San Juan de la Cruz o Djalal-ud-Din-Rumi entre los artísticamente más excelsos. El propio Bataille recoge en su citada obra el famoso pasaje de la transverberación en el que Santa Teresa siente cómo una punta de fuego traspasa con gran dolor sus entrañas pero también con dulzura tan excesiva que no querría perdersela. Es más, Bataille cita testimonios fiables de personas

que tras haber vivido raptos místicos perdieron la fe y luego, habiendo experimentado el amor carnal, comprobaron que sus trances anteriores fueron exaltaciones venéreas.

No es que deba reducirse lo místico a lo erótico -advierde Bataille- pero sí es un hecho que entre ambos existen "similitudes flagrantes, equivalencias e intercambios". Desde otro ángulo lo explicaba el pensamiento de nuestro Felipe Trigo, marginal y perseguido escritor, afirmando que el amor es el sentimiento que une las aspiraciones espirituales y el placer de la materia, pues erotismo y fervor religioso derivan de un mismo impulso .

Ese carácter sagrado de lo erótico era connatural en la cultura clásica, ese mundo antiguo en el que ahondan nuestras raíces. Como advirtió Walter Pater en su Estudio sobre Dionisos con el Olimpo máximo de Zeus coexistió un "Olimpo menor", un mundo oscuro poblado de sátiros, ménades, faunos, nereidas y otros seres, todos ellos símbolos para la imaginación griega de los componentes irracionales del hombre, de los impulsos animales que la visión apolínea trataba de aplastar bajo su armonía estática y monumental. Para aquella cultura lo hoy considerado "impuro" era tan sagrado como lo "puro", porque pertenecía igualmente a las más hondas raíces humanas: como cantó Terencio, nada de lo humano les era ajeno. Pero el injerto semítico del cristianismo impuso límites dogmáticos y relegó lo oscuro a la condenación medieval, con sus llamas infernales iluminando los códices, sus cazas de brujas y sus hogueras para disidentes. Al apuntar la era moderna, con sus descubrimientos culturales, empezó a abrirse paso una nueva libertad manifestada ampliamente en la Reforma y, en el terreno de la anécdota, con la picante historia de los I Modi, las famosas posturas amoratorias grabadas por Giulio Romano con textos de Aretino que escandalizaron a la Roma papal en el siglo XVI. En general los artistas del Renacimiento inyectaron ímpetu pasional en sus figuras y, según Kenneth Clark, un estudio de Cristo resucitado original de Miguel Angel y conservado en Windsor es probablemente el más bello desnudo extático de la historia del arte . Precisamente de Miguel Angel es también una consigna que expresa al máximo todo aquel espíritu de pulsión hacia lo alto: Ascender vivo fra gli spiriti eletti!

Pero el verdadero punto de inflexión en esta materia se produce en Occidente durante el siglo XVIII. Corno vio con claridad Baudelaire, admirado ante una lectura de Andrea de Nerciat: "La Revolución la hicieron los voluptuosos... los libros libertinos comentan y explican la Revolución" . En efecto, los escritores prohibidos socavaron los eternos aliados del Trono y el Altar, iniciaron así la toma de la Bastilla y dieron acceso a los Derechos del Hombre y al progreso social, nada menos. Quienes, por ejemplo, no conozcan de Choderlos de Laclos más que su novela Las relaciones peligrosas (y no es obra menor) se asombrarían de sus avanzadísimas ideas sobre la educación de las mujeres, a quienes arengaba para que ellas mismas hicieran su revolución. Ser libertino implicará siempre, por necesidad, ser libertario, y claro está que en la lista de aquellos escritores se alinearía por derecho propio, décadas después, nuestro Sacher-Masoch, La lista ha continuado y continuará; el mundo oscuro sigue vivo y sagrado bajo las condenas. Así, por ejemplo, en 1924 emergen los surrealistas de André Breton esgrimiendo el sexo como arma de liberación. Los disidentes son innovadores y con ello impulsan el progreso pues la historia es ante todo cambio y no el orden petrificado de los

conformistas. Sin embargo, hoy asistimos a retrocesos ideológicos y recrudescimientos puritanos.

Destaca entre ellos como anacronismo máximo, en esta sociedad moderna declaradamente racional y democrática, la incompatible estructura eclesiástica, dogmática y autoritaria: una institución superviviente de los tiempos históricos en que reinaron las teocracias. Aunque haya pedido perdón a Galileo la ideología vaticana no ha salido del siglo XIII, sin que logren modernizarla sus superficiales arreglos para ponerse al día, desde el repliegue de la ropa talar hasta la redecoración del infierno o el limbo.

Es precisamente en relación con el erotismo donde la Iglesia, con su moral se aleja más de la sociedad moderna porque pretende imponer una moral contra natura. Ensalza la castidad y condena el placer, lo cual implica denigrar el sexo, estar contra la vida y contra un instinto biológico, ignorando la variedad afectiva en la naturaleza. Todo ello incide en la recelosa infravaloración eclesiástica de la mujer, relegándola a un nivel inferior de reproductora material, como si esa condición suya generativa no la situara precisamente en el más intenso contacto directo con la vida misma. Esa es la represión que la iglesia quiere mantener sobre una sociedad que cada día se muestra mas superficialmente religiosa, practicando en su mayoría unas costumbres sociales del buen parecer que le hacen acordarse del cura en los tres acontecimientos del natalicio, la boda y el sepelio. Frente a esa represión no puede extrañar que la fuerza de lo oscuro en la persona humana haga manifestarse al erotismo como transgresor, hasta alcanzar niveles de violencia.

Pero es transgresor no sólo en defensa propia; es decir, contra el orden restrictivo que pretende castrar la vida, sino por un impulso más elevado e ineludible, a saber: la defensa de lo marginado, lo diferente, lo anómalo, trátase de personas o de actitudes. Porque, como nos enseña la biología, en el camino incesante de la evolución - es decir, el progreso y desarrollo de la vida- los cambios son obra de los mutantes, de los que se arriesgan a ser distintos, los que encarnan originalidades para la creación del futuro. De esos audaces disidentes muchos fracasan y se extinguen porque no resultan viables pero otros se erigen en arquetipos y ejemplos de nuevos modos de existir. Ese es el valor y el sentido de las transgresiones: atreverse a ser diferente para crear. Pues la transgresión no se detiene en negar la prohibición e incumplirla, sino que quiere superarla y completarnos. Eso induce siempre a la violencia: obliga a ella la misma represión y el ímpetu generador hacia el progreso de los seres. Violencia contra lo que se resiste a desaparecer una vez acabado su tiempo, cuando ya solo con su muerte puede servir a la vida, cuyo rumbo es siempre hacia delante.

Nadie podrá negarle a Sacher-Masoch su condición de escritor libertino en alto grado y, como tal, uno más entre los luchadores por la libertad, entendida como no reprimir los impulsos de la vida en sus invenciones para crecer y multiplicarse. Más de una vez he aplicado a Sacher-Masoch la palabra "obsesión" con toda justicia, pues la merece por su tenacidad y dedicación, reflejadas en los relatos aquí reunidos.

Como todos los disidentes, Sacher-Masoch se negó a acatar la fe impuesta por los dominantes, clérigos o laicos, pues en aparente paradoja su sumisión sólo se manifestaba ante la mujer y en el sexo, alzándose rebelde contra los dogmas, frente

a los cuales prefirió pensar y obrar por su cuenta, ser quien en su verdad era, mirar el mundo con sus propios ojos. Cualidades éstas indispensables para lograr la plenitud humana, abrazando nuestro mundo luminoso con el oscuro, igualmente sagrados ambos. Por eso nada mejor para cerrar mis comentarios que estas fervorosas palabras de Georges Bataille, al concluir su mencionado libro:

"\_\_No olvidaré nunca todo lo de violencia y de maravilla que tiene la voluntad de abrir los ojos, de mirar cara a cara lo que sucede, lo que es. Y no sabré lo que sucede si no sé nada del placer extremo, si no sé nada del extremo dolor\_\_".

Autor: \_\_José Luis Sampedro.

<http://www.clubcultura.com/clubliteratura/clubescritores/sampedro/miradas-masosh.htm>

### **\_\_Contrato entre la Señora Fanny de Pistor y Leopold von Sacher-Masoch**

"Bajo su palabra de honor, el señor Leopold de Sacher-Masoch se compromete a ser esclavo de la señora de Pistor y a ejecutar absolutamente todos sus deseos y órdenes, y esto durante seis meses. Por su lado, la señora Fanny de Pistor no le reclamará nada deshonoroso (que pueda hacerle perder su honor de hombre y de ciudadano). Además, deberá dejarle seis horas por día para sus actividades y no leer nunca sus cartas y escritos. Por cada infracción o negligencia o por cada crimen de lesa majestad, la dueña podrá castigar como le plazca a su esclavo.

En resumen, el súbdito obedecerá a su soberana con sumisión servil, recibirá sus signos de favor como un don maravilloso y no hará valer ninguna pretensión a su amor ni ningún derecho a ser su amante. Por su lado, Fanny Pistor se compromete a vestir pieles con la mayor frecuencia posible y sobre todo cuando se comporte con crueldad. Al expirar los seis meses, este intermedio de servidumbre será considerado por ambas partes como nulo y sin valor, por lo que no harán ninguna alusión seria a su respecto. Todo cuanto haya acontecido deberá ser olvidado, retornándose al vínculo amoroso anterior. Estos seis meses no deberán ser continuos; podrán sufrir largas interrupciones que comenzarán y concluirán según el capricho de la soberana. Suscribieron, para la confirmación del contrato, las partes:

Fanny Pistor Bagdanow,  
Leopold, caballero de Sacher-Masoch"